

Historia de Carules.

El tío Carules moceaba a principios del siglo pasado en una aldea de los Montes de Toledo. Perdida entre olorosos jarales espesos y bosques de encinas y quejigos llenos de jabalíes, ciervos, lobos y otras alimañas montaraces. Del progreso que ha acabado por traer a este escenario abrupto la urbana categoría de Parque Nacional entonces no había llegado ni la luz. Las noches sólo se combatían con candiles y no muchos, que aunque refrito eran de aceite y corría por esos tiempos y en esos lares la quiteria sempiterna con la falta continua y el hambre siempre al acecho. La vida es tenaz y la juventud impetuosa y Carules, acabada la dura jornada de sol a sol, se asea y se pone la ropa de fiesta, apareja la bestia, y más contento que unas pascuas se dispone a ir a rondar a la novia, que la tiene en otra aldea, llamada Refullaque, distante de la suya, cogiendo los atajos por las sierras, unos siete kilómetros. Su madre, la tía Gorgoja, que lo ve le dice:

-Carules, ¿vas a ir a ver a la novia por esos montes esta noche?, ¡mira que es la noche de difuntos y están por todas partes las ánimas benditas!

Carules no asunta. Apareja la caballería y sale con ella del ramal hasta la puerta de la cuadra. Monta y le contesta:

-No sé que ha de tener esta noche que no tenga otra si no es que ahora no hay Luna y están más negras que la boca un lobo. Pero la caballería se sabe el camino y no l'hace falta ver. Y me

voy, qu'entadía queda luz y si aligero llego antes que la noche cierre y hago de día la mita'l camino.

A la salida del pueblo, la tía Bejaruca, que era medio bruja, salió a cotillear quién pasaba por su puerta aunque de sobra lo sabía y le dijo:

-Carules, ¡no vayas a irte de ronda esta noche por esos montes qu'es la noche de las ánimas y es cosa d'estar arrecogíos!

-Y qué m'ha de pasar.- Contestó aligerando el paso poco preocupado, por la muchas ganas de estar junto a la moza y ver si es que podía darle algún tiento, y porque aún no había acabado de caer el sol y la vuelta negra era algo en lo que casi ni pensaba todavía.

La noche le cayó llegando a Refullaque. Pero no le preocupó mucho porque aunque oscura estaba aún cercana al día y él estaba cerca de la novia y llegar junto a sus carnes tapaba cualquier otro motivo de cavilación. La ida se le hizo pues fácil y corta. La tenebrosidad de las tinieblas le pesó sólo a la vuelta, pero entonces de golpe y en todo su rigor. Al poco de dejar atrás la aldea sus ojos se habían hecho a la oscuridad y la luz de las estrellas parecía que servían un poco para alumbrar lo que estaba completamente oscuro. El instinto del rocín le llevaba como siempre sin problemas por las veredillas. Pero también, como siempre a la vuelta, calculaba ahora el camino en toda su largura, y sobre todo en todos sus peligros y amenazas, a medida que se adentraban en el monte. Y más esa noche. Aunque eso de los difuntos era una tontería, se dijo casi que sin querer pensar en ello por si su incredulidad fuera precisamente lo que trajera la manifestación que temía. Encima no había podido estar a solas con la Fermina porque su padre no había salido de la

casa y habían tenido que pasar el rato en compañía familiar jugando a la brisca. Y volvió a oír al padre riéndose de él: Carules, esta noche es mala noche para andar por ahí con las ánimas sueltas. Sólo a la despedida la Fermina salió afuera con él y fue cuando pudieron darse el corto beso y el ligero apretón que él aprovechó para tocarle una teta, quedando en acuerdo que el próximo día verían cómo se las podrían arreglar para pasar solos un rato. También ella lo último que le había dicho fue de las ánimas en pena sueltas esa noche, y le aconsejó que no tuviera miedo si tenía tranquila la conciencia y que: "si alguna te se presenta, pregúntale que es lo que quiere, que dicen que cuando les prometen hacer lo que piden se van sin hacer daño."

Pero en esa primera hora el miedo al camino que llevaba Carules quedaba tapado por la hinchazón que ese achuchón y esa urgente promesa de una futura entrega produjo en su pijo, que no bajaba ni por el temor ni por el relente de la noche. Y, aunque de esto no se enteró nunca la comidilla popular que le colgó el sambenito de su cuento, te lo cuento yo ahora, se abrió la bragueta y se dedicó a hacerse una puñeta larga y tranquila mientras se dejaba guiar al paso por la bestia entre la oscuridad. Así montó en la gloria prolongando su placer con mano experta durante kilómetros, sin pensar en otra cosa que no fuera recrearse en detalles con lo que iba a hacer con la Fermina, como habían convenido, el próximo día que fuera a visitarla, si es que conseguían quedar solos un rato, que ya la tenía convencida de que eso de que era pecado y traía el Infierno al que lo hiciera fuera del matrimonio era una tontería de los curas. Cuando por fin no pudo retener más el final de su entretenimiento, se secó

la mano en las crines de la montura y se guardo la aflojada pieza sintiendo encima la oscuridad y el camino aún más pesados mientras se abotonaba, por el natural desmadejamiento que la descarga había traído a su cuerpo y el sentimiento de culpa que la depresión de los ánimos que viene tras la euforia suele acrecentar.

Urgió a la caballería a apretar el paso, se recerró en si mismo, en su cuerpo y en su mente, como para crear una coraza de defensa, y se dispuso a aguantar el tirón sin ver el momento en que llegara a su casa, tratando de no dar oído a los ruidos ni explicación a los bultos que bullían en las sombras. Debía de quedarle por lo menos la mitad de monte que atravesar, y la noche también andaría más o menos en el centro de su reino, justo el punto del Tiempo y del Espacio donde, desde luego, era más propicio el que pasara algo, si es que algo tuviera que pasar, cuando pasó.

Fue al cruzar la vaguada que se conocía como la del Muerto, cuya historia no quería ni pensar cada noche que la atravesaba y menos aquella. Acució aún más a su montura en su marcha justo cuando estaba en lo más hondo bajo las frondas espesas de los árboles que la cerraban al cielo para salir lo antes posible de su lúgubre tiniebla cuando de pronto sintió el tremendo agarrón en la parte trasera de sus ropas, de una mano fuerte y sobrenatural, que le paró en seco.

-Suéltame, que soy Carules- dijo Carules lloriscando cuando recobró el resuello tras el pismo.

-Suéltame, que soy Carules- dice entre risas la memoria colectiva que suplicó Carules una y otra vez sin atreverse ni a mirar atrás aunque sabía que la absoluta oscuridad no le dejaría ni

siquiera entrever el horror del espanto que le tenía sujeto.

-Suéltame, que soy Carules, que vengo de ver a la novia que la tengo en Refullaque y se llama Fermina- contaban y recontaban jocosas bocas en fiestas y matanzas y tertulias en cuanto que el cuento que se contara trajera la ocasión de traer la moraleja del cuento de Carules, poniéndole a las voces del protagonista retintín de súplica y pucheros.

-Suéltame, que soy Carules, que vengo de Refullaque de ver a la novia- contaron repetidas veces mi madre, mi padre, y mi tío, que lo oyeron contar de niños a sus padres, coetáneos de Carules, en las veladas de mi infancia, creando entonces este cuento ahora.

-Suéltame, anda, que yo siempre he sido bueno, qu'eso qu'acabo d'hacer no lo hago nunca yo, y si me sueltas no lo volveré hacer mientras viva- oigo yo ahora que debió decir él aunque sea este un secreto nuestro que no llegó a conocer la malicia popular de entonces-. Suéltame, hombre, que soy Carules...

Y una vez que se fuera tranquilizando, viendo que el horror no iba más allá de la severa retención de aquella garra que no quería ni imaginar, debió atreverse a seguir la recomendación de la Fermina y soltó, dando diente con diente, asustado de la solemnidad de sus propias palabras:

-Dime quién eres y qué es lo que quieres que haga.

Luego, según pasaba el tiempo, repetiría esta pregunta sin respuesta entre silencios cada vez más largos, alternándola con el ruego que le procuró su eterno ridículo.

-Suéltame, que soy Carules, que vengo de Refullaque de ver a la novia.

Supongo que, al final, poco antes del amanecer, acostumbrado al agarrón y medio vencido por el sueño, es posible hasta que pegara sin querer alguna que otra cabezada involuntaria de la que despertaría de inmediato volviendo a soltar con sobresalto:

-Suéltame. Suéltame, anda, que...

Y yo creo que fue al volver de una de ellas cuando viendo que ya rayaba el día y mirando para atrás, no sin temor todavía, descubrió quién le agarraba, y fue, todos coinciden, cuando sacó la navaja y abriéndola con hombría cortó de una tarascá la puta zarza y promulgó serio y valiente la segunda parte de su inmortal proclama:

-¡Si es un hombre igual hago!

¡Si es un hombre igual hago!, dijo Carules en el célebre momento ¡Si es un hombre igual hago!, dijeron y redijeron y volvieron a decir en el eco de la historia las malas lenguas meándose de risa a través del espacio y de los tiempos desde entonces ¡Si es un hombre igual hago!, oía concluir en mi infancia a los adultos de mi familia ¡Si es un hombre igual hago!, me oigo escribir ahora, observando a Carules, torcido el torso con rostro arisco, como posando en viril gesto y manera, dando el seco navajazo ¡Zas!

Y en seguida guardó la navaja y espoleó al caballo para seguir el camino por el monte hecho un tío como se debe ser, y un proverbio encarnado de lo que casi siempre resulta la gallardía del genero Humano.

Lo que no sé es qué tipo de soporte inmaterial sería el que grabó la imagen de su hazaña. Si es que fue él en su ignorancia el que se de-

nuncio a sí mismo contándolo a todo el mundo o la traición de un sólo confidente que se propagó veloz entre las lenguas conductoras, o fue un acuerdo unánime de la maldad popular quien le asignó sin más la gesta. Porque prueba de que viene tan al pelo de lo que con ella se quiere expresar, la triste experiencia de Carules, es que este cuento se cuenta en todas las regiones, existiendo en el Mundo infinidad de parecidos al protagonista, de variedad de espacios inductores del temor, y de objetos prensiles de culeras, así como de coletillas suplicantes y proclamas valientes y finales. Que muchas tengo oídas y algunas visto escritas en la literatura. Aprovecho para llevar a Carules hasta el alto rango de las letras y recordar de paso mis muertos en sus narraciones, así como para acabar su historia diciendo que casó el bragado mozo con la Fermina, y que de sus coyundas benditas nacieron varios hijos, de los cuales no recuerdo sino la cantinela antigua del soniquete de sus nombres, impregnada del aroma almibarado y denso de las jarras y del rudo rodar de las historias de sus vidas, que mi madre por ser de su generación sabía de memoria y contaba, mientras cosía con la máquina, con una melodía narrativa, que sonaba así:

...y luego de la Hipólita iba la Ulogia, qu'era patarreta, y que se casó con el Ulogio el de la Militona. Ya ves tú que casualidad y qué nombres se ponían entonces. Y se fueron a vivir a Navarmosa. Que él el pobrecito mala suerte tuvo en la Guerra, que lo mataron y la dejó... ¡con cuatro criaturas que criar! ...Dos murieron en el año el hambre, creo que por la necesidá, tú verás, los otros...

-Pues una era la Remedios, la que se caso con el Paco el de Ajofrín. Qu'era mu guapa. Y el

otro era el Anselmo, el que se colgó en el monte siendo mozo -aclaraba mi tío que siempre estaba ocioso y al tanto de las genealogías, sonándose con la parsimonia de siempre los eternos mocos con su eterno moquero que luego volvía a guardar en el bolsillo de su raída chaqueta-. Mira tú que imanías que llegan a meterse en los sesos de la gente, le dejó la novia por otro y él no tuvo otra ocurrencia mejor que coger y ahorcarse.

-Ay, señor- suspira mi madre suspendiendo por un rato la conversación en un silencio sin parar de coser-. A veces hacemos cosas que's como pa qu'encima de to nos pegaran un estacazo donde no cojeáramos.

Y el eco de su relato se pierde en mi recuerdo entre el taclataclataclatacla de las teclas de mi teclado inalámbrico logitech y el del pedal de la máquina de coser que ella acciona en mi memoria con el pie, automática, traspuesta por completo a aquel lugar en que revive su juventud, perdida en el recuerdo mientras cose.

enriquelopez@elbarrancario.com